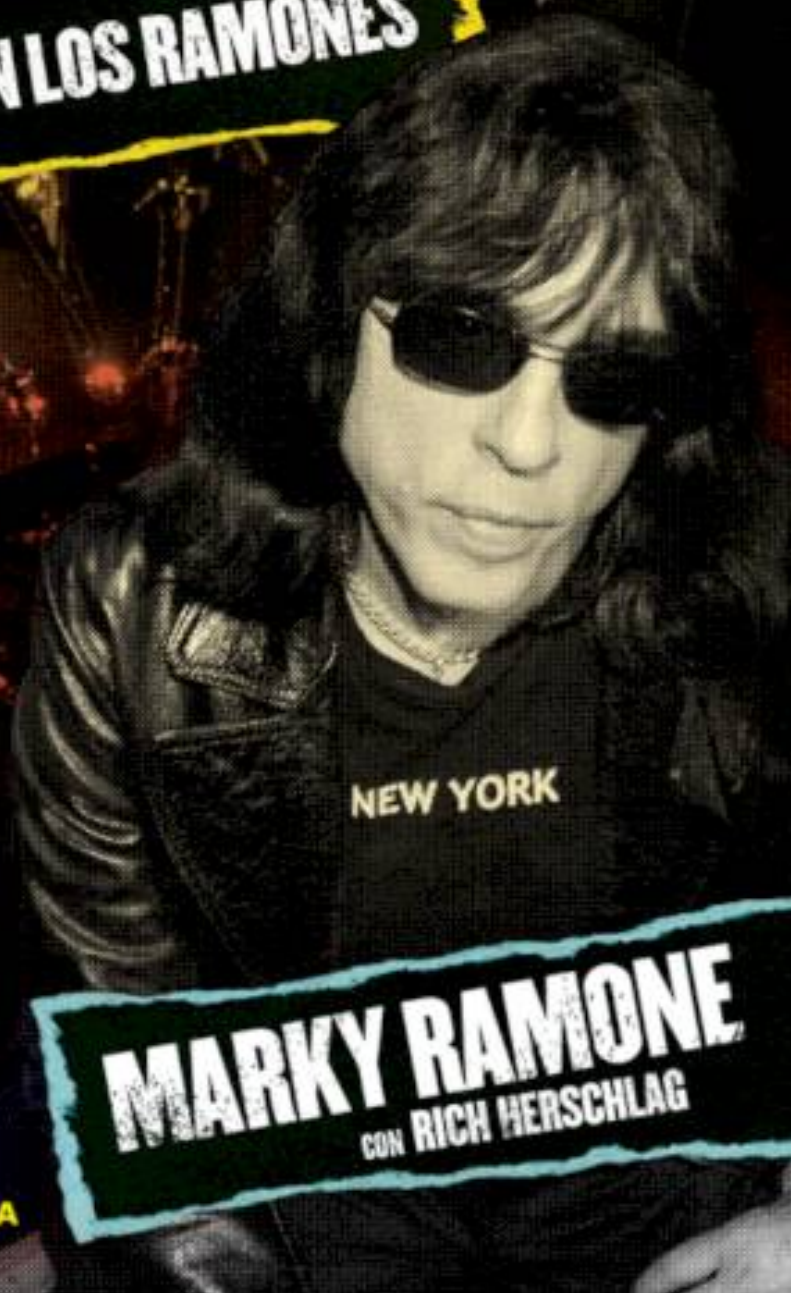


PUNK ROCK BLITZKRIEG

MI VIDA EN LOS RAMONES



MARKY RAMONE
CON RICH HERSCHLAG

LIBROS CÚPULA

Índice

PORTADA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

1. UN RITMO DIFERENTE

2. DEL POLVO...

3. ...AL POLVO

4. EL POLVO SE ASIENTA

5. PUNK, DOLOR Y WAYNE

6. LA COCINA DEL INFIERNO

7. LLAMADA DE LONDRES

8. HEY HO, LET'S GO!

9. EL LARGO REGRESO A ALEMANIA

10. NO SOMO ESTUDIANTES: SOMO RAMONES

11. MURO DE SONIDO

12. ECONOMÍA DE GOTEO

13. PONME EN UNA SILLA Y SÚBEME A UN AVIÓN

14. LOS CHICOS M&M

15. EN LLAMAS

16. DÍAS DE PERROS

17. EL CAMINO DESDE EL DESASTRE

18. REY POR UN DÍA

19. DEL PUNK AL POP

20. HOLA, TENEMOS QUE IRNOS

21. UN MUNDO MARAVILLOSO

GALERÍA DE IMÁGENES

NOTAS

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias muy especialmente a Mark Neuman. Y gracias a Gertrude Bell, Meyer Rossabi, Francis Vitello, Charles Carpenter, Matthias Prill, David Riu, Andres Vignolo, Bonnie Slifken, Ray y Daang Goodman, Andrew Hilfiger, Tommy Hilfiger, Karen Mamont, Linda Aroz, Harvey Leeds, Cheryl Neuman, Andrew Wilkes-Krier, Linda Spinner, Bryan Cullen, Steve Leeds, Seymour Stein, Daniel Boulud, Anthony Bourdain, Peter Criss, Vera Ramone, Roy Rosenthal, Steve Lewis, Nancy Sayle, Vinny Damino, DJ Ringo, Doug Mustang, Angel Nokonoko, Andrea Rock, Steve Blatter, Gary Diaz, Jim Bessman, Larry Kilroy, Eddie Clark, Steve Leeds, Will Pendarvis, David Chiedkel, Stacy Creamer, Paul Carpenter, Stephen King, Chip Ruggieri, Andrew W. K., Graham Vanderveen, Monte Melnick, Kim Dillard, Tim Siedelbach, Gary Borres, Phil Spector y Trigger.

Añorados en su ausencia: Linda Stein, Bob Quine, Frank Barsalona, Gary Kurfirst, Ira Herzog, Kenny Kerner, Dee Dee Ramone, Joey Ramone, Johnny Ramone, Tommy Ramone, Lee Black Childers, Peter Bell, Arturo Vega, Charlotte Lescher, Bob Fitzpatrick, Neil Bogart y Justin Leitner.

En mi vida ha habido innumerables influencias más allá de la música. Éstas son algunas de ellas:

Bateristas: Ringo Starr, Keith Moon, Hal Blaine, Mitch Mitchell, Buddy Rich, Dino Danelli, John Bonham, Dave Clark y Benny Benjamin.

Bajistas: Jack Bruce, James Jamerson, Paul McCartney, Kenny Aaronson, Carol Kaye, John Paul Jones, John Entwistle, Chuck Rainey y Bill Wyman.

Guitarristas: Jimi Hendrix, Johnny Thunders, Jimmy Page, Dave Davies, Bob Quine, Buddy Guy, George Harrison, Pete Townshend y Wes Montgomery.

Productores: George Martin, Shadow Morton, Tom Dowd, Bob Crewe, Snuff Garrett, Mickie Most, Shel Talmy, Jimmy Miller y Eddie Kramer. Cantantes: Dion DiMucci, David Ruffin, Steve Marriott, John Lennon, Darlene Love, Mick Jagger, Frankie Valli, Eric Burdon y Levi Stubbs.

Películas: *Alien*, *Ángeles con caras sucias*, *La ley del silencio/Nido de ratas*, *Godzilla (1956)*, *El halcón maltés*, *Toro salvaje*, *A Hard Day's Night*, *Gigante*, *El hombre del brazo de oro* y *Bullitt*.

Coches: Corvette Stingray de 1963, Aston Martin de 1964, Dodge Charger de 1968, Jaguar XKE de 1965, Buick Riviera de 1964, Pontiac GTO de 1965, Austin-Healey de 1965, Dodge Challenger de 2014, Mercedes 560 SEC de 1989 y Facel Vega II de 1963.

PRÓLOGO

Había muchas razones para bajar a Florida: el clima, la jubilación, o unas simples vacaciones. Mi amigo Mike vino a por un riñón. Era de Brooklyn, como yo, pero sufría un raro trastorno genético y necesitaba un trasplante. Su médico le había dicho que la cantidad de muertos por accidente de tráfico en el estado del sol lo convertían en la capital de los donantes de órganos de EE. UU.

Dee Dee y yo no estábamos en Florida por ninguno de aquellos motivos, aunque es probable que a él le hubieran venido bien un hígado, un páncreas o un bazo nuevos. Los Ramones acabábamos de terminar un concierto frente a mil chavales enloquecidos en St. Pete y nos disponíamos a atravesar el estado para tocar en Miami Beach al día siguiente. Sin embargo, Mike, Dee Dee y yo decidimos quedarnos un día más en el área de Tampa-St. Pete y reunirnos con el resto del grupo el día del concierto.

Monte no puso problemas. Confiaba en que Mike me haría llegar a tiempo y en que yo haría lo mismo con Dee Dee. No era poco, viniendo de Monte. Llamarle *road manager* hubiera sido como llamar pintor a Leonardo. Monte lo tenía todo controlado, de arriba abajo. La última vez que pedí quedarme atrás, años antes, las cosas no habían salido demasiado bien. No llegué a tiempo desde Columbus, Ohio, a Virginia Beach, en Virginia, y los Ramones tuvieron que cancelar el concierto.

Pero aquello era agua pasada, ahora era distinto. Llevaba cuatro años sin beber, camino de cinco, y estaba concentrado en mi oficio: batería profesional de la primera y mejor banda de punk rock del mundo, donde no había un

momento de aburrimiento salvo que uno estuviera echando un sueño. En cuanto a Dee Dee, iba mejorando. Heroína, coca, polvo de ángel y anfetaminas habían sido sustituidas en gran medida por litio, dorpromazina, estelazina y buspirona.

Aún no había dado con la combinación perfecta, pero seguía siendo el icónico bajista y el genial letrista de la misma banda de punk rock. De modo que cuando Monte me hizo responsable de que Dee Dee llegara a tiempo al concierto, fue como si los padres le hubieran dejado a uno a cargo de la casa y del hermano pequeño. Prometimos ser buenos. Quizá visitáramos los jardines Busch o el zoo de Tampa.

A la mañana siguiente partimos en el Chevrolet Impala de Mike, rumbo sur por la interestatal 75. Era una ruta de algo más de 400 kilómetros hacia el sur, bordeando Naples, y después al este, a través del parque de los Everglades. La radio nos ayudaba a matar el tiempo y teníamos mucho de qué hablar: coches, chicas, música. Desde hacía un par de semanas había un nuevo presidente electo, George H. W. Bush, y nos acercábamos a 1989 con un nuevo álbum: «Brain Drain». Dee Dee había compuesto una de las canciones, *Pet Sematary*, en menos de una hora en el sótano del escritor Stephen King; iba a ser el tema principal de la futura película *Cementerio de animales*.

A pesar de todos aquellos temas de conversación, Dee Dee optó por atravesar el estado a ritmo de rap. Con su nuevo pelo de punta bien tieso, atravesó el centro de Florida aullando que era un nuevo James Brown y el rapero más duro de Whitestone, Queens.

También el más duro de los Everglades. Dee Dee había inventado el punk rock, como quien dice. Yo no estaba muy seguro de que el mundo necesitase otro rapero. En cambio, lo que sí necesitábamos era un mecánico. Había convivido con más coches recalentados de los que quisiera recordar, y sabía cuándo algo no olía bien.

Pedí a Mike que aparcase en la hierba del arcén. El paisaje no era otra cosa que hierba, salvo por alguna marisma a lo lejos. Aparte del ocasional paso elevado, nada permitía distinguir un kilómetro de autopista del siguiente. No hubiera sabido decir dónde estábamos. No había ciudad alguna. No había más que humedales que unían un lado de Florida con el otro, además de aquella hierba reseca. Mike me dijo que llevaba semanas sin llover.

Los dos salimos del coche mientras Dee Dee, que ya no rapeaba, se quedó en el asiento trasero. Cuando me agaché a echar un vistazo a los bajos del Impala, vi que el catalizador estaba tan caliente que echaba humo.

«Dee Dee —dije—, tienes que bajar del coche.»

«No pienso hacerlo —dijo—. Acabo de ver un caimán».

Supe a qué se refería. Al tramo de autopista en que nos encontrábamos le llamaban Alligator Alley. Había montones de mosquitos, pero ni un caimán. Era la dorpromazina la que hablaba. O la estelazina. O Dee Dee, sin más. Olí alguna otra cosa que se quemaba. Era la hierba bajo el coche. Grité.

«¡Dee Dee, baja del coche! ¡La hierba está ardiendo!»

Dee Dee olvidó los caimanes y saltó como un cohete. Puse punto muerto y junto con Mike empecé a empujar el coche mientras Dee Dee se nos unía. Teníamos una oportunidad. El viento soplaba de frente, de modo que si nos dábamos prisa podíamos evitar que el fuego envolviese el coche. Tras avanzar unos seis metros notamos como las llamas, desde atrás, empezaban a lamernos los tejanos.

«¡Olvidaos del coche!», gritó Mike.

Tenía razón. Era una causa perdida. No quería que nos pasara nada por su culpa, y nosotros no queríamos que acabase siendo otro donante de órganos. Abandonamos el coche y corrimos por la autopista, apenas ganando terreno

a unas llamas cada vez mayores. El cerco de fuego se extendió unos quince metros y oscurecía ya ambos extremos del coche. Adiós, Impala.

Ya había vivido algo así antes, cuando mi Cadillac Coupe de Ville de 1960 ardió en la avenida Ocean de Brooklyn. Aquella vez tampoco fue culpa mía, pero me hizo perder un ensayo y fue el inicio de una cuesta abajo que pronto terminó en adiós, Ramones. Ya me estaba imaginando la decepción de Monte. Peor aún, me imaginaba la furia de John.

Trotamos por la autopista para mantenernos a una distancia segura. El incendio cubría ya el equivalente a un par de bloques de edificios. Mike se hizo cargo de la situación. Aceptó quedarse mientras Dee Dee y yo hacíamos autoestop. Ya encontraríamos el modo de arreglar lo demás después del concierto, o eso esperábamos.

Estuviéramos donde estuviéramos, teníamos pinta de Ramones. Teníamos nuestras camisetas, las zapatillas, las chaquetas de cuero y el peinado. Y teníamos la actitud. En Bowery, hubiera bastado un pulgar al aire para detener coches hasta colapsar el tráfico. Pero aquí, en los Everglades, incluso Charles Manson lo hubiera tenido más fácil. El infierno que dejábamos atrás tampoco ayudaba.

Al menos una docena de coches, camiones y furgonetas nos pasaron por delante. Ni mis piernas eran las de Claudette Colbert ni estábamos en *Sucedió una noche*, pero yo conocía un idioma universal, más verde que la hierba que ardía. De modo que saqué un pequeño fajo de billetes de cien dólares y me puse a agitarlos en el aire. En menos de un minuto, una pickup Ford F-150 se detuvo junto a nosotros. El conductor descendió y rodeó el vehículo por delante.

«¿Adónde vais, chicos?»

Era un hombre de unos cincuenta, de aspecto agradable, trabajador y honesto. Llevaba una gorra de John Deere y le faltaban un par de dientes.

«Miami Beach —dije. “Somos músicos.»

«De acuerdo —dijo—. Me queda de camino y hay espacio en la cabina.»

«Genial —respondí—. Gracias.»

Antes de que pudiera alcanzar la maneta de la puerta del pasajero, Dee Dee abrió la boca. Lo que salió de ella se propagó más rápido que el incendio de la hierba y era mucho más difícil de apagar.

«Marc, ¿este tío cómo tendrá el rabo de grande?»

Sonó alto y claro. Por más que hubiera rimado Dee Dee mientras atravesábamos Alligator Alley, aquello no pegaba. Ni con cola. Dee Dee era hetero, estaba casado y, al igual que yo, tenía mucho que perder si no llegábamos a tiempo a Miami Beach. Vi como los ojos del conductor de la furgoneta iban de Dee Dee al dinero de mi mano, volvían a Dee Dee y regresaban a la pasta. Y entonces lo zanjamos.

«¿Sabéis qué? —dijo—. Os vais a tener que poner cómodos en la trasera de la furgoneta.»

Asentí. Le alargué el dinero y lo tomó.

Hace frío en los Everglades a finales de noviembre, sobre todo si estás a la intemperie en la parte de atrás de una furgoneta descubierta que avanza a 120 kilómetros por hora. No me molesté en preguntarle a Dee Dee qué pensaba. No quería saberlo. Me limité a clavar la mirada en los dos rifles que adornaban la ventanilla de la cabina.

Cuando llegamos a la entrada principal de la sala, Dee Dee y yo estábamos acurrucados en la trasera como un par de inmigrantes ilegales atravesando la frontera. Los fans de Ramones de Miami Beach ya rondaban la entrada y una pequeña ovación acogió nuestra incorporación en la furgoneta. Siempre disfruto firmando autógrafos, pero tenía tanto frío que no sabía si iba a poder sostener un bolígrafo.

Teníamos prueba de sonido en diez minutos. Yo iba a tener que sostener mis baquetas, y Dee Dee su púa. Y teníamos que usarlas. De modo que corrimos al camerino pa-

ra entrar en calor lo antes posible. John se acercó. Se le veía algo tenso, pero sobre todo aliviado.

«Marc, empezaba a preocuparme. Tenemos que probar sonido.»

No me cabía duda de que John estaba preocupado por nosotros, y también por perder un día de sueldo. Joey, que llegó a continuación, sufría un trastorno obsesivo-compulsivo de tal gravedad que hacerle salir de su apartamento era tarea de toda una mañana. Sin embargo, había llegado a Miami Beach casi un día antes que nosotros.

«Había un incendio gigantesco en la autopista —dijo Joey—. En Alligator Alley. Lo acaban de dar en las noticias. ¿Lo habéis visto?»

«Sí, lo hemos visto.»

Todavía tiritábamos y no estábamos muy habladores. Pero cuando llegó Monte, quiso saberlo todo. ¿Y quién podía echárselo en cara? Cómo diablos llegué hasta aquí era una pregunta que me hacía casi a diario.

1

UN RITMO DIFERENTE

El padre de mi padre, Peter Bell, llegó a América desde Holanda en 1920 con mi abuela. Mi padre nació en Hoboken, Nueva Jersey, el 11 de agosto de 1931, y le bautizaron Peter, como mi abuelo. Mi abuelo fue cocinero en el Copacabana durante diez años, antes de convertirse en chef principal del Club 21. El Copa, como le llamaban, estaba en la calle 16 Este de Manhattan y era propiedad del capo mafioso Frank Costello. Allí debutaron Jerry Lewis y Dean Martin. En los cuarenta y los cincuenta, si eras cantante, líder de una banda o humorista y llegabas al Copa, habías llegado a la cima y punto.

Mi abuelo trabajó en el 21 durante dieciocho años, en lo más alto de sus días de gloria. Fundado durante la Prohibición y ubicado en la calle 52 Oeste de Manhattan, era un sitio fácil de identificar por las estatuas de jockeys pintadas que remataban la entrada principal. Si uno era alguien, comía en el 21. Mi abuelo conoció y se codeó con estrellas como Humphrey Bogart, Jackie Gleason y Judy Garland. Y no eran batallitas de viejo, ¡tenía fotos que lo demostraban! Siempre que íbamos a casa de los abuelos, me quedaba embobado delante de las fotos, admirado de que conociese realmente a las mismas personas que yo veía en la tele y el cine.

En 1944, mi padre y sus padres se mudaron de Hoboken a Brooklyn. Mi padre asistió a la escuela primaria PS 217 de la avenida de Coney Island y allí conoció a mi madre. Su nombre de soltera era Gertrude Joest. Casi todos la

llamaban Trudy. Su madre, Johanna, era francesa, y su padre, Julius, alemán. Emigraron a América en 1923 y se establecieron en Willoughby, Ohio. Mi madre nació el 10 de septiembre de 1931 en la casa familiar. Julius era ingeniero eléctrico y su familia, de clase media, pero por aquel entonces la mayoría de partos los atendían comadronas y no hospitales.

Cuando mi mamá tenía sólo dos años, su madre murió. Poco después, su hermano mayor, Fredrick, falleció con diez años causa de una neumonía. La pequeña Trudy y su padre se mudaron a Cleveland, donde residieron unos cuantos años antes de establecerse en Brooklyn, Nueva York. Durante un par de años vivieron en Ocean Parkway y luego se mudaron a un bloque de apartamentos de ladrillo de cuatro pisos en el 640 de la avenida Ditmas, pocas manzanas al sur de Prospect Park. Era un respetable barrio de clase obrera conformado, sobre todo, por modestas residencias privadas.

Mamá y papá habían sido amigos durante algunos años antes de empezar a salir, en torno a los dieciocho. Como un año más tarde, el 15 de diciembre de 1950, se casaron en el ayuntamiento de Lower Manhattan. El 15 de julio de 1952, mi hermano gemelo Fred y yo nacimos en el New York Infirmary Hospital.

La familia y mi abuelo Julius vivíamos en un edificio de ladrillo de tres plantas sin ascensor justo a la vuelta de la esquina de la calle President y la avenida Rogers, en la zona de Brooklyn que se conoce como Crown Heights. Los edificios eran contiguos, solían tener una pequeña tienda en los bajos y contaban con un tramo de escaleras que subía hacia los apartamentos. Fred y yo compartíamos una habitación con literas, cosa que no nos suponía ningún problema ya que nos llevábamos realmente bien.

Mi padre era estibador y miembro del sindicato, y mi madre trabajaba como secretaria. Fred y yo asistimos a una guardería que practicaba la integración racial en Bedford-

stuyvesant, un barrio que quedaba justo al norte. A mediados de los cincuenta, la mayoría de barrios sufrían la segregación, pero a Fred y a mí nos encantaba estar con chicos de otras culturas e hicimos amigos enseguida.

Una de las rarezas de nuestra guardería era el autobús escolar, porque no teníamos. En su lugar había un Cadillac funerario reconvertido en una especie de minibús. Era grande y negro y llegaba a la escuela como si se celebrase un funeral. Cuando los chicos veíamos llegar el coche fúnebre, corríamos para tratar de ser los primeros en hacernos con un sitio en el asiento de atrás. Era espacioso y acolchado, y era guay pensar que ese mismo compartimento se había utilizado antes para llevar cadáveres. Me encantaba hacer el viaje con la ventanilla bajada. A todos nos gustaba mirar por la ventana trasera y hacer muecas a los coches que nos seguían.

Lo único que me fastidiaba de la guardería era la siesta que nos obligaban a hacer a mediodía. Se me hacía muy raro que nos pusieran a todos sobre pequeñas esterillas y apagaran las luces. Por las ventanas, la luz del día entraba a raudales. Sabía que debía estarme quieto como los demás, pero no era fácil. De ningún modo iba a dormirme, así que todo lo que hacía era quedarme allí tumbado y cerrar los ojos, fantaseando sobre las cosas que podía estar haciendo en lugar de dormir la siesta. Estantes abarrotados de juguetes llenaban la sala —bloques de madera, muelles, plastilina, Mr. Potato, un tren eléctrico—, todos rogando que alguien jugase con ellos. Tras la siesta los profesores nos dejaban jugar a nuestro aire, sobre todo fuera, donde podíamos correr por el patio y fabricar nuestros propios juegos. Para mí, estar tumbado en aquella esterilla fingiendo dormir era una gran pérdida de tiempo.

En 1957 Fred y yo cumplimos los cinco y volvimos con el abuelo Julius al bloque de cuatro pisos del 640 de la avenida Ditmas, donde mi madre había vivido de niña. Las

literas se vinieron con nosotros, de modo que seguí compartiendo habitación con Fred. Ningún problema, ya que aún nos llevábamos bien.

Papá y el abuelo Julius pusieron toda su habilidad mecánica a trabajar para nosotros y nos ayudaron a construir un enorme tren eléctrico con el que pasábamos horas jugando. Papá también nos inició en la construcción de maquetas de plástico de coches, aviones y barcos de guerra. A Fred le encantaba hacer maquetas de los monstruos de los estudios Universal: la Momia, Drácula, el Hombre lobo y la Criatura del Lago Negro. Los pintaba con enorme realismo.

Para las maquetas necesitábamos un pegamento cuyo olor era tan fuerte que penetraba con intensidad por las fosas nasales. Olía tan mal que olía bien y nos colocaba un poco. Era otra de las ventajas del modelismo.

En cuanto llegamos a la escuela primaria se acabaron las siestas. En la PS 217 se habían conocido nuestros padres. Mamá nos preparaba las fiambreras. Durante el almuerzo, jugábamos en el patio. Me entendía bien con la mayoría de chicos, aunque nos peleábamos de vez en cuando. Una vez, en los baños, un chaval me acusó de robar su zumo de uva. ¿Por qué diablos iba yo a robar zumo de uva? De modo que nos liamos allí mismo, junto a los urinarios, hasta que uno de los profesores entró hecho una furia y nos separó. Eran cosas de críos.

Cuando Fred y yo llegamos a casa, nos quedábamos a cargo del abuelo Julius hasta que mamá y papá volvían del trabajo. El trato era que debíamos quitarnos de encima los deberes antes de jugar. Si hacía mal tiempo, veíamos reposiciones de «Los tres chiflados», Abbott y Costello o las «Aventuras de Superman». «Los tres chiflados» era seguramente mi programa favorito, porque era un sinfín de bofetadas, golpes y porrazos, pero sin perder la unidad: eran un equipo. Era como ver tres comedias en media hora.